Contribuciones desde Coatepec
ISSN: 1870-0365
rcontribucionesc@uaemex.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Barrios Luna, Marcela
Y la historia se repite... (Ibargüengoitia y Bajtín)
Contribuciones desde Coatepec, núm. 7, julio-diciembre, 2004, pp. 45-64
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100703

Cómo citar el artículo
Número completo
Más información del artículo
Página de la revista en redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Y la historia se repite... (Ibargüengoitia y Bajtín)

MARCELA BARRIOS LUNA[1]

Resumen. *Los relámpagos de agosto*, parodia de la realidad política mexicana entre 1928 y 1929, escrita por Jorge Ibargüengoitia, es analizada desde las teorías bajtinianas relacionadas con el dialogismo. Asimismo, hace una comparación entre situaciones planteadas en la novela y situaciones actuales de la realidad, y pretende demostrar que algunos aspectos políticos no han cambiado, a pesar de acercarse el centésimo aniversario del inicio de los hechos revolucionarios.
Palabras clave: Revolución Mexicana, parodia política.

Abstract. *Los relámpagos de agosto, parody of the political Mexican reality between 1928 and 1929, written by Jorge Ibargüengoitia, is analyzed from the bajtin´s theories related to the dialogism, but at the same time doing a comparison in time, which demonstrates that the things have not changed, in spite of the approach to the hundredth anniversary the beginning of the revolution.*
Keywords: *mexican revolution, political parody.*

Jorge Ibargüengoitia nació en 1928 en la ciudad mexicana de Guanajuato. Se inició como escritor en 1954 con una comedia teatral: *Susana y las jóvenes*. En 1947 viajó por Europa. Hizo la carrera de Arte Dramático en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (antes había estudiado en la Facultad de Ingeniería). En 1951 participó en un taller de composición dramática que impartía Rodolfo Usigli. Fue becario, en 1955, de la Fundación Rockefeller y del Centro Mexicano de Escritores entre 1954 y 1956. Su primera novela fue *Los relámpagos de agosto*, escrita en 1964, que recibió el premio Casa de las Américas. También obtuvo el Premio Novela México por su obra *Estas ruinas que ves.* Nunca estuvo vinculado a grupo o generación determinados. Siempre mantuvo un carácter independiente y no quiso formar una escuela. De hecho, perteneció a la clase media, pero el mismo Jorge Ibargüengoitia declaraba:

[1] Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México. Correo electrónico: *barrios58@yahoo.com.mx*

> ...aborrezco mi clase social. La burguesía tiene mucha fuerza porque significa lo que cualquier ser humano como animal necesita: buen abrigo, buen techo, buena comida, buena bebida, una cama decente. Pero de ahí a pertenecer a una clase social que sólo defiende eso, pues no. Creo que estoy por encima de la lucha de clases. Me parece que la clase media es aborrecible (García, 1979: 200).

La afirmación de Ibargüengoitia de estar "por encima de la lucha de clases" constituye en sí una posición política. No se puede ser neutral y me parece que en su novela *Los relámpagos de agosto* por el hecho de parodiar a la clase política en México, no sólo denuncia, sino descorre el velo que oculta muchas situaciones.

Veamos algunas afirmaciones de Ibargüengoitia:

> Tenemos la misma situación desde hace años: el pueblo sufre siempre, el gobierno trata de protegerlo y los ricos son los malos. Los papeles no han cambiado nunca. Al pueblo se le han hecho toda clase de favores pero siguen siendo el pueblo y se sigue muriendo de hambre. Los ricos siguen siendo los malos pero también siguen siendo los ricos. El gobierno sigue siendo el protector del pueblo... y así es la vida. El señor que tiene un puesto en el gobierno cobra por defender al pueblo y el pobre paga porque lo defienda el rico que está en el gobierno. Es un teatro. Pero no tiene nada que ver con lo que podría llamarse política. Sería política si, por ejemplo los problemas se discutieran públicamente, como se hace en otros países (Asiain, 1985: 48).

La política no se ejerce de la misma forma en todos los países ni con el mismo grado de corrupción. "Lo que me interesa al escribir es presentar la realidad según la veo" (Asiain, 1985: 48). De esta forma se reconoce tácitamente que tiene *su* propia visión de la realidad.

> El humor es algo que yo, francamente, no sé qué es. El término "comedia", por ejemplo, significa algo muy concreto: se trata de una visión parcial de las cosas, de ver la realidad en un sesgo en el que todo es un poco grotesco y presentarlo como tal. La comedia supone una simpatía del escritor con el personaje. La sátira es otra cosa: el escritor odia al personaje y lo presenta como una piltrafa. Pero el humorismo no sé qué es. Un señor que hace chistes no me interesa. Sé que ciertas cosas son chistosas, y puedo hacer chistes, pero no me parece que la risa tenga ninguna virtud ni que sea una ventaja. Lo que a mí me interesa es presentar la realidad y si la presentación puede ser chistosa está muy bien. Pero hacer un chiste de algo que no es chistoso me parece grotesco. La muerte de alguien, la muerte de un canalla por ejemplo, puede ser la cosa más chistosa del mundo. Pero

> en el momento en que la presentas así pierdes una perspectiva, la escena queda fuera de su dimensión particular (Asiain, 1985: 49).
>
> En *Las muertas*, por ejemplo, aparecen las hermanas Baladro, que son unas madrotas. Estas señoras, a pesar de lo que hayan hecho, tienen que tener una vida personal que sea simpática, porque no es posible vivir sin producirle simpatía a alguien. Siempre hay algún momento de ternura o de pasión interesante, o de otras cosas. Pero todo tiene que estar justificado, tiene que haber un equilibrio. Supongo que nadie en el mundo es totalmente despreciable y si tomo un personaje lo que me interesa es justificarlo. Por eso no creo en la burla (Asiain, 1985: 49).
>
> Tengo dos corrientes. Hay una parte de mí que quisiera contar mi vida y hay otra que quisiera contar cosas que no tienen nada que ver con mi vida. La mayor parte de mis novelas se refieren a esa clase de cosas. Por ejemplo, hay una en la que el personaje principal es un general revolucionario mexicano, que no soy de ninguna manera. En otra hay un tirano, y el asesino de un tirano, que tampoco soy (y espero no tener que serlo). En otra hay madrotas y prostitutas. Todo eso lo veo de lejos, apenas tiene que ver con mi vida (Asiain, 1985: 49).

Y es cierto, difícilmente se puede asumir la posición de quien nunca se ha sido, de penetrar en sus sentimientos, en su visión y perspectiva de la realidad. En el caso de *Los relámpagos de agosto*, el autor parece narrar desde afuera, pero por ser una novela basada en hechos históricos, le permite estar dentro de sus personajes; los hace decir lo que nunca hubieran manifestado —por lo menos en público— acerca de lo que realmente piensan. Por ejemplo, cuando el general Trenza alude a la conveniencia de cambiar la Constitución.

Podría afirmar también que todos los personajes practican el dialogismo interno, ya que en sus diálogos muestran lo que nosotros como lectores, como personas, siempre hemos pensado que dirían.

> Mientras uno escribe un libro es su primer lector y cree que los que van a leer el libro van a leer su libro. No es cierto. Cada persona va a imaginar algo diferente y en el fondo uno sabe que escribió un libro que no es posible, que nadie volverá a leer. Es lo fantástico de la escritura (Asiain, 1985: 50).

Y esto también constituye lo fantástico en la coincidencia con Bajtín:

> Al autor no sólo le importa la manera individual y típica de pensar, vivenciar y hablar, sino ante todo, la manera de ver y de representar: ésta es su función directa como narrador en sustitución a la del autor. Por eso la actitud de éste, igual que en la estilización, penetra en el interior de la palabra del narrador volviéndolo más o

> menos convencional. El autor no nos muestra su discurso (como el discurso objetivado del personaje) sino que lo utiliza para sus fines desde el interior, obligándonos a percibir claramente la distancia entre sí mismo y esta palabra ajena (Bajtín, 1986: 266).

A continuación, Ibargüengoitia narra parte de su vida:

> Nací en 1928 en Guanajuato, una ciudad de provincia que era entonces casi un fantasma. Mi padre y mi madre duraron veinte años de novios y dos de casados. Cuando mi padre murió yo tenía ocho meses y no lo recuerdo. Por las fotos deduzco que de él heredé las ojeras. Ya adulto encontré una carta suya que yo podría haber escrito. Al quedar viuda mi madre regresó a vivir con su familia y allí se quedó. Cuando yo tenía tres años fuimos a vivir en la capital; cuando tenía siete, mi abuelo, el otro hombre que había en la casa, murió. Crecí entre mujeres que me adoraban. Querían que fuera ingeniero: ellas habían tenido dinero, lo habían perdido y esperaban que yo lo recuperara. En ese camino estaba cuando un día, decidí abandonarla para dedicarme a escribir. Las mujeres que había en la casa pasaron quince años lamentando esta decisión —"lo que nosotras hubiéramos querido", decían "es que fueras ingeniero"—, más tarde se acostumbraron (Ibargüengoitia, 1985c: 51).
>
> El éxito de *Los relámpagos de agosto* ha sido más prolongado que estruendoso. No me permitió ganar dinerales pero cambió mi vida, porque me hizo comprender que el medio de comunicación adecuado para un hombre insociable como yo es la prosa narrativa: no tiene uno que convencer a actores ni a empresarios, se llega directo al lector, sin intermediarios, en silencio, por medio de hojas escritas que el otro lee cuando quiere, como quiere, de un tirón o en ratitos y si no quiere no las lee, sin ofender a nadie —en el comercio de libros no hay nada comparable a los ronquidos en la noche de estreno (Ibargüengoitia, 1985c: 51).

Los relámpagos de agosto es una recreación artístico-literaria de la historia política y económica de México en 1928. Está estructurada en 20 capítulos, un epílogo y una nota explicativa y el personaje principal, por llamarlo de alguna manera, es originario de la ciudad de Vieyra, Viey.

El protagonista es el General Brigadier José Guadalupe Arroyo (grado obtenido a los 38 años); pertenece a la clase media; tiene una esposa, Matilde, y una numerosa prole, y a lo largo de la novela trata de obtener un puesto político a como dé lugar. El argumento gira en torno a cuantas peripecias se le ocurren para conseguirlo, hasta un levantamiento militar.

Marcos González es otro de los personajes, también general de división, muy amigo de don Lupe, pues pelearon en la batalla de Santa Fe (que, por cierto, perdieron).

La novela es una parodia de la vida política de México en 1928. Bajtín dice que en la parodia el autor habla mediante la palabra ajena, introduce en tal palabra una orientación de sentido absolutamente opuesto a la orientación ajena, entra en hostilidades con su dueño primitivo y lo obliga a servir a propósitos totalmente opuestos (v. Bajtín, 1986: 270).

> Al discurso de la parodia le es análoga toda utilización irónica y en general ambivalente de la palabra ajena, porque también en estos casos la palabra ajena se aprovecha para transmitir propósitos que le son hostiles. En el discurso cotidiano esta utilización de la palabra ajena es muy corriente, sobre todo en el diálogo, donde un interlocutor, muy frecuentemente repite al pie de la letra las afirmaciones del otro aportándole una nueva valoración y acentuándola, a su manera, con duda, indignación, ironía, burla, mofa, etc. (Bajtín, 1986: 271).

Veamos cómo empieza la novela:

> ¿Por dónde empezar? A nadie le importa en dónde nací, ni quiénes fueron mis padres, ni cuántos años estudié, ni por qué razón me nombraron Secretario Particular de la Presidencia, sin embargo, quiero dejar bien claro que no nací en un petate, como dice Artajo, ni mi madre fue prostituta, como han insinuado algunos, ni es verdad que nunca haya pisado una escuela, puesto que terminé la Primaria hasta con elogios de los maestros; en cuanto al puesto de Secretario Particular de la Presidencia de la República, me lo ofrecieron en consideración de mis méritos personales, entre los cuales se cuentan mi refinada educación, que siempre causa admiración y envidia, mi honradez a toda prueba, que en ocasiones llegó a acarrearme dificultades con la Policía, mi inteligencia despierta, y sobre todo, mi simpatía personal, que para muchas personas envidiosas resulta insoportable (Ibargüengoitia, 1964: 11).

El autor-narrador se burla de la clase política en general; trata de desmentir lo que probablemente es muy cierto acerca de su origen y enuncia una serie de virtudes que aluden a todos los políticos (en particular a aquellos que surgieron de la Revolución): tuvo una educación: terminó la Primaria —con mayúscula— y hasta con elogios (habría que recordar aquí al "Dr. Fausto Alzatti"); cuando alguien llega a ocupar un puesto piensa que es por sus méritos y en realidad es por amiguismo, entonces se justifica diciendo que la Secretaría Particular de la Presidencia se la ofrecieron por sus méritos personales, su honradez a toda prueba (que hasta

la fecha hay que buscarla con lupa y ni así se encuentra en los políticos mexicanos) y que a pesar de eso le llegó a causar dificultades con la Policía (también con mayúscula); su inteligencia despierta (todos los políticos se sienten inteligentes, con lo cual ya lo están negando de principio). Más adelante nos enteramos que no fue por sus méritos personales sino porque el General de División Marcos González le debía dos favores.

En respuesta al ofrecimiento de la Secretaría Particular de la Presidencia, don Lupe contesta: "En este puesto podré colaborar de una manera más efectiva para alcanzar los fines que persigue la Revolución". Nuevamente el autor-narrador se burla, ironiza con un trasfondo político sobre lo que hasta hace poco era la bandera de los priistas: todo lo hacían en aras de la Revolución, revolución tan llevada y traída por ellos, que ahora nadie les cree.

También encontramos en este párrafo lo que Bajtín llama la cuestión dialógica, pues existe una discusión entre dos juicios, están encarnados para que así pueda existir una relación dialógica. Y lo notamos en el diálogo de don Lupe al referirse a sus méritos y cuando hace su "disquisición filosófica" sobre su origen. Quien lee estas líneas y tiene un mínimo conocimiento de la historia de México reacciona con risa. La palabra del autor-narrador posee una doble orientación: como palabra normal, hacia el objeto del discurso y como otra palabra, hacia el discurso ajeno.

El general Macedonio Gálvez, otro personaje, correteó a González en 1917, y cuando González llegó al poder, en 1920, lo expulsó del país. Don Lupe lo encuentra en el tren cuando se dirige de Ciudad Juárez a México, y le roba su pistola; lo más gracioso, sin embargo, es que ya se encontraba en Lechería cuando se entera que ha terminado su carrera política, pues aquel que lo acababa de nombrar su Secretario Particular había muerto:

> Yo estaba rasurándome en el gabinete, cuando alguien pasó diciendo: "Se murió el viejo". Yo no hice caso y seguí rasurándome, cuando entró el auditor con un periódico que decía: "MURIÓ EL GENERAL GONZÁLEZ DE APOPLEJÍA". Y había un retrato de González: el mero mero, el héroe de mil batallas, el Presidente Electo, el Primer Mexicano... el que acababa de nombrarme su Secretario Particular.
>
> No sé por qué ni cómo fui a dar a la plataforma, con la cara llena de jabón, y desde allí vi un espectáculo que era apropiado para el momento: al pie de una barda estaba una hilera de hombres haciendo sus necesidades fisiológicas (Ibargüengoitia, 1964: 17).

Nuevamente la utilización de la ironía: en primer lugar, la muerte del candidato electo y después la comparación de los sentimientos de don Lupe con la fila

de hombres orinando. Don Lupe, que ya se sentía hombre muy importante, de repente ya no es más que un general retirado. Desde la estación de ferrocarril, don Lupe se comunica con su amigo Germán Trenza (se sobreentiende que debiera ser "Transa"):

> — Se nos murió el viejo, Lupe!— me dijo a través de la línea, casi sollozando. Él iba a ser Ministro de Agricultura y Fomento.
> — ¿Qué hacemos?

En la respuesta, el autor nuevamente utiliza el sarcasmo:

> — Ir al velorio. Allí veremos qué se puede arreglar (Ibargüengoitia, 1964: 19).

En el velorio, el narrador alude al sinnúmero de siglas que en México tenemos para denominar a organizaciones de todo tipo, mismas que son más chistosas pronunciadas que escritas:

> Hasta la fecha no sé cómo pudimos entrar en la casa: nos abrimos paso entre los Burócratas, entre los Representantes del F.U.C., del P.U.C. y del M.U.C..., entre el Honorable Cuerpo Diplomático, entre los Aspirantes a Ministros de Estado, entre los Compañeros de Armas del Difunto, entre los Allegados, entre los Parientes, hasta que llegamos junto a la inconsolable viuda, que nos estrechó contra su corazón como a dos hermanos (Ibargüengoitia, 1964: 21).

El carnaval visto por Bajtín en la oposición entre lo serio y lo no serio, lo autoritario/de convicción interna, lo oficial/familiar o íntimo, culto/de plaza pública; se manifiesta a través de toda esta novela. Lo que para los personajes y aún más para quienes realmente han vivido una situación similar, pudiera ser hasta trágico, para el lector o destinatario es cómico, y esto es precisamente lo que el autor-narrador trata de desarrollar en su discurso literario: cómo, a través de la ironía, de la risa, siempre utilizando la parodia, presenta situaciones que en la triste realidad sí sucedieron o suceden.

Cuando don Lupe (hasta el nombre da risa y tiene mucho significado sobre todo en México) llega hasta la viuda, ésta le confiesa que el último "pensamiento" fue para él:

> —¿Sabe cuáles fueron sus últimas palabras?
> Yo le contesté que no, naturalmente. Entonces, ella me hizo una de las revelaciones más sorprendentes que haya yo tenido nunca:
> —"Quiero que mi reloj de oro sea para Lupe". Para usted.

> No puede expresar la emoción que me produjeron estas palabras. ¡El último pensamiento del Jefe fue para mí! Mis ojos se rasaron de lágrimas [!!!]. Pero entonces, ella me dio la noticia que tan tristes consecuencias habría de tener:
> —Yo se lo hubiera dado a usted con mucho gusto, porque yo, a Marcos... —aquí dijo que lo quería mucho y todo eso—. Pero ¿sabe qué? ¡Se lo han robado!
> —¿Quién fue? —pregunté lleno de indignación.
> Entonces, ella me explicó que había dejado el reloj sobre el buró de la recámara y que el único que había entrado en ese lugar (a recoger la espada) había sido Pérez H. Me refiero exactamente al Pérez H. que todos conocemos: Eulalio Pérez H. Que la viuda de Marcos González me dijo que Eulalio Pérez H. se robó el reloj de oro que su marido me había legado con sus últimas palabras, estoy dispuesto a jurarlo ante cualquier tribunal: hasta el Divino (Ibargüengoitia, 1964: 22-23).

Más adelante, se verán las consecuencias, para el protagonista, de este supuesto hurto.

Para decidir qué hacer respecto al nombramiento del Presidente, se reunieron el Gordo Artajo, Trenza, Canalejo, Juan Valdivia, Ramírez, Anastasio Rodríguez y Augusto Corona. Se alude al Gordo Artajo no sólo por su peso en kilogramos sino, además, por el peso político que puede tener y, de hecho, tiene, quien comanda siete mil hombres con cuatro regimientos de artillería.

Se comienza a discutir el asunto. En primer lugar, se dice que la Constitución establece que cuando fallece el Presidente de la República, el Ministro de Gobernación queda investido automáticamente del cargo; pero (siempre hay un pero que vale) Canalejo, cuyo apodo era el Camaleón (quién sabe porqué) aclaró que dicha disposición era cuando el Presidente estaba en funciones, y en este caso en particular el General González era el Presidente electo, que no es lo mismo. Viene un diálogo interesante por la forma como se presenta: la Constitución es cambiada y violentada según los intereses particulares de quienes tienen el poder.

Y nuevamente la parodia:

> Hubo un silencio, que interrumpió el Gordo Artajo diciendo:
> —Bueno, es lo mismo.
> —No, mi General —contestó el Camaleón—, yo quisiera que se leyera el Inciso N.
> El inciso N resultó tener un significado completamente diferente: cuando fallece el Presidente Electo, la Cámara nombra un Interino que tiene por función convocar a nuevas elecciones.
> Hubo otro silencio. Esta vez, lúgubre, porque una cosa era tener a Valdivia, que era de confianza, de interino y otra muy distinta, estar en manos de la Cámara, que es muy espantadiza y hace lo que le ordena el primer bragado que se presenta.

> —Propongo —dijo Canalejo, el Ave Negra del Ejército Mexicano— que el compañero Anastasio Rodríguez, que es diputado, promueva en la Cámara la anulación del Inciso N por improcedente.
> —¿Improcedente por qué? —preguntó Anastasio, que nunca habló en la Cámara por timidez. No sé cómo llegó a General de Brigada.
> —*Improcedente porque no nos conviene*, muchacho —le explicó Trenza con mucha calma (Ibargüengoitia, 1964: 27).[2]

Y para muestra de lo que es la democracia en México:

> ... cuando estábamos más entusiasmados, notamos que (...) Valdivia, estaba de pie, pidiendo silencio, listo para otro discurso:
> En resumidas cuentas, que todo podía arreglarse por la buena. Acabó haciendo unas consideraciones que nos dejaron a todos muy impresionados: ¿Quién decide quién es Presidente? El anterior. ¿Quién es el anterior? El Interino. ¿Quién nombra al Interino? La Cámara. ¿Quién domina la Cámara? Vidal Sánchez. Entonces, es muy fácil. Basta con arreglar con Vidal Sánchez un interinato para Artajo, quien a su vez arreglará una elección con mayoría aplastante para un servidor de ustedes (Ibargüengoitia, 1964: 29).

En el entierro del General González, ocurrió otra desgracia a don Lupe. Había oscurecido y llovido cuando el cortejo llegó al panteón. Como el terreno estaba resbaladizo, un pelotón cargó al féretro. Al concluir la ceremonia, debido a la oscuridad, Don Lupe no encontraba la salida y fue cuando tropezó con Pérez H. Aprovechó para reclamarle el robo del reloj de oro, y como Pérez H. lo negó, don Lupe lo aventó a una fosa recién cavada. Con lo que no contaba don Lupe, era que al día siguiente nombrarían Presidente Interino a Pérez H.

El "círculo de amigos" se reunió nuevamente para continuar sus planes sobre la Presidencia. Con el fin de forzar el apoyo de Vidal Sánchez, Presidente en funciones, Juan Valdivia propone usar como argumento una correspondencia donde Vidal Sánchez expresaba sus dudas sobre la necesidad, la utilidad y el futuro de la Revolución, con lo que no contaban era con la "condición" de la "Cámara": "¡Qué lejos estábamos de suponer que unas horas antes, la Cámara, *como una prostituta*, había cedido a las bestiales exigencias del Déspota!" (Ibargüengoitia, 1964: 37).[3]

Nuevamente encontramos la utilización del sentido que es más importante que el significado en el análisis de Bajtín. Con estas tres palabras: como una

[2] Las cursivas son mías.
[3] Las cursivas son mías.

prostituta, Ibargüengoitia resume la historia de la Cámara en México. En la actualidad funciona igual —aunque haya partidos de "oposición"—, debido a que los priistas tienen mayoría.

La noticia de la designación de Eulalio Pérez H. como presidente interino cambiaba los planes que habían elaborado. Para don Lupe, la noticia era casi una sentencia de muerte (política); en algunos casos tal vez sí represente la verdadera muerte, pues la política lo es todo en la vida de algunos hombres. Así, se encuentra un dialogismo externo (utilizado a lo largo de toda la novela): "Sentí que me moría. Los demás, que no sabían mi desgracia, empezaron a discutir un nuevo plan de acción" (Ibargüengoitia, 1964: 39), que incluía matar a Vidal Sánchez (cualquier parecido con la actualidad es pura coincidencia):

> —Vamos a matar a Vidal Sánchez antes que termine su periodo, para que Juan sea nuestro presidente —dijo Trenza, que de todos los allí presentes, era el que más méritos tenía en campaña.
> —Estamos en julio, Germán, y en diciembre toma posesión Pérez H. En cinco meses no se hace nada —dijo Juan Valdivia, que era muy sensato, realmente. Lo que sea de cada quién.
> —Es mucha dificultad —dijo Artajo.
> —Además, hay que tener en cuenta la opinión pública —dijo el Camaleón, que era el único que se preocupaba de estas cosas. Es por eso, quizá, que hasta la fecha sigue estando en el candelero (Ibargüengoitia, 1964: 40).

Cuando Germán descubrió y preguntó a don Lupe qué le pasaba y él les contó lo de las últimas palabras del muerto y el robo del reloj de oro, le sugirieron que pidiera perdón a Pérez H., ante lo cual se negó "indignado": "—Yo nunca le pediré perdón a un vulgar ratero —dije con dignidad—. Además, sería poner en entredicho a la señora de González" (Ibargüengoitia, 1964: 40).

Y siguieron sucediéndose las desgracias para el personaje principal: la viuda de González le envió el reloj de oro y una carta donde explicaba que lo había encontrado en uno de los cajones de una cómoda. Ante la situación, don Lupe no pudo dormir y hasta pensó en la posibilidad de disculparse con Pérez H. y darle explicaciones. Sus planes se desvanecieron cuando Vidal Sánchez lo citó para una entrevista en el Castillo de Chapultepec, y en ella le recriminó su ausencia en el "besamanos" y le propuso ser su "amigo":

> —Yo quiero ser tu amigo, Lupe —me dijo. Textual. Y luego—: Sé que eres un hombre sincero y quiero que me digas qué opinas de Eulalio.
> Con el valor civil que siempre me ha caracterizado, le dije lo siguiente:

> —Ese individuo no tiene energía bastante (con otras palabras) ni es simpático, ni tiene méritos en campaña. Nunca podrá hacer unas elecciones libres.
> —*¿Pero quién quiere elecciones libres?* —Textual.
> *Yo me escandalicé ante tanto descaro y le recordé los postulados sacrosantos de la Revolución*. Él me contestó:
> —*¿Sabes a dónde nos conducirían unas elecciones libres? Al triunfo del señor Obispo. Nosotros, los revolucionarios verdaderos, los que sabemos lo que necesita este México tan querido, seguimos siendo una minoría. Necesitamos un gobierno revolucionario, no elecciones libres.*
> Reconozco que no supe qué contestar. Él siguió su perorata:
> —Para alcanzar este fin —es decir, el gobierno revolucionario— debemos estar unidos y nadie se une en torno a una figura enérgica, como tú, como yo, como González; *necesitamos alguien que no tenga amigos, ni enemigos, ni simpatías, ni planes, ni pasado, ni futuro: es decir, un verdadero fantoche. Por eso escogí a Eulalio* (Ibargüengoitia, 1964: 44-45).[4]

Nuevamente se encuentra el uso de la ironía: alude a la Revolución en el sentido que siempre se ha hecho, todo se hace en nombre de ella y por el bien del país; todo en abstracto, queriendo ocultar siempre los verdaderos objetivos: mantenerse en el poder y enriquecerse a su costa. La alusión al Obispo permite apreciar el poder real que tiene la Iglesia en México. Finalmente, como ha ocurrido en muchas ocasiones, se elige a un fantoche (otra vez, cualquier coincidencia con la realidad actual en México, es pura coincidencia).

A una pregunta expresa de Vidal Sánchez, reaparece la parodia en la respuesta de don Lupe:

> Yo le contesté que siempre y cuando lo que iba a pedirme *no lesionara mis principios de hombre moral y mi integridad de militar revolucionario y mexicano* (Ibargüengoitia, 1964: 45).[5]

Vidal Sánchez nombra a don Lupe Jefe de la Zona Militar de Vieyra, pues no confiaba en Cenón Hurtado de quien tenía sospechas de estar coludido con los cristeros aunque, a decir verdad, en Vieyra no había cristeros. El nombramiento fue arreglado con Melitón Anguiano, Ministro de Guerra y Marina, otro fantoche. Quienes antes eran sus amigos se habían convertido en sus enemigos, pues habían ido a felicitar a quien no debían: a Pérez H.; y así los enviaron a diferentes

[4] Las cursivas son mías.
[5] Las cursivas son mías.

lugares del país y hay que hacer notar la comicidad con que se refiere a esta situación:

> Poco después me enteré de que mis antiguos compañeros y ahora enemigos, que tenían mando de tropas, es decir, Germán Trenza, Artajo, Canalejo y el Camaleón habían sido destituidos o trasladados al otro extremo del país: Artajo a Chiapas, *en donde no había tropas*, Trenza a Quintana Roo, en *donde no había ni gente*, Canalejo a Puruándiro, *en donde no conocía a nadie*, y el Camaleón a Pochutla en *donde los habitantes mataban a montones*. Sólo quedaron en sus puestos Anastasio y Juan Valdivia. *¿Y de qué sirven un diputado y un ministro de Gobernación sin tropas?* (Ibargüengoitia, 1964: 46)[6]

Para don Lupe, las desgracias volvieron al nombrar Jefe del Estado Mayor de la Zona a Cenón Hurtado. Así ocurre "El Caso Pereira" que le valió el calificativo de "sanguinario" en *El Sol de Vieyra*. Sucedió que don Lupe fue informado de la impresión de propaganda cristera en su ciudad, Vieyra, y le es ordenado que tome las medidas pertinentes. La propaganda católica era impresa en los Talleres Gráficos del Estado y se guardaba en la bodega de un gachupín llamado Don Agustín Pereira. Después varias aprehensiones llegaron a la tienda de Don Agustín quien no solamente se había burlado de la investidura de don Lupe, sino que lo agarró a "longanizazos" (o sea, le pegó con un pedazo de longaniza) y le echó encima una jarra de vidrio con chiles en vinagre. Don Lupe ordenó su detención, que le hicieran un juicio sumario y lo pasaran por las armas, lo cual, al cumplirse, armó un gran lío por tratarse de un español. Nos encontramos aquí con algo muy interesante: cómo se valora a los extranjeros en México, más que a los propios mexicanos:

> Si Don Agustín Pereira *hubiera sido mexicano, nadie hubiera dicho nada, pero como era español, se armó un escándalo terrible*, a pesar de que después encontramos, en efecto, la propaganda de marras, que había sido impresa en papel que era propiedad del Estado, con tinta del Estado y en las prensas del Estado (Ibargüengoitia, 1964: 49).[7]

Cuando Pérez H. (el del famoso reloj de oro) toma posesión en diciembre, don Lupe ya tenía preparada su renuncia, que no fue aceptada porque Vidal Sánchez fue nombrado Ministro de Guerra y Marina y comienza otra racha de desventuras

[6] Las cursivas son mías.
[7] Las cursivas son mías.

en donde tanto Melitón Anguiano, Pérez H. y don Lupe además de ser fantoches son manejados por Vidal Sánchez. Sucede entonces que a la ciudad de Vieyra llegan cristeros provenientes de cuatro estados limítrofes. Se preparó un plan para terminar con ellos, pero no tuvo tanto éxito debido a que Vidal Sánchez no cubrió la retaguardia. Los cristeros entraron como "Pedro por su casa" se llevaron al gobernador, y don Lupe tuvo que negociar e intercambiar a los cristeros detenidos por el Señor Gobernador.

Nos encontramos en enero y febrero de 1929. Al comenzar la lucha electoral, en marzo de 1929, se publicó el testamento político de González —que después descubrirían que era apócrifo. Pero mientras se descubría esto, sus antiguos compañeros y ahora enemigos se colocaron en una buena situación: Juan Valdivia renunció al Ministerio de Gobernación y la Cámara lo habilitó como Candidato a la Presidencia de la República. El Gordo Artajo regresó a la Zona Militar de Sonora, Trenza a la de Tamaulipas, Canalejo fue nombrado Comandante de la Plaza de Monterrey y el Camaleón se fue a Irapuato como Jefe de Operaciones. Así el panorama, resultó que todos ellos eran dueños del norte del país.

Nuevamente la utilización de las siglas y el sarcasmo del autor:

> Para apoyar la candidatura de Juan Valdivia, se formaron dos partidos: el PRIR (*Partido Reivindicador de los Ideales Revolucionarios*), presidido por el Gordo Artajo, y el PIIPR *(Partido de los Intelectuales Indefensos Pero Revolucionarios)*, y presidido por el famoso escritor y licenciado (y también general de división) Giovanni Pittorelli, que, a pesar de su nombre, era mexicano por los cuatro costados (Ibargüengoitia, 1964: 55-56).[8]

Nótese el pitorreo con Pittorelli.

En referencia al papel del ejército dentro de la política mexicana y de muchas otras o casi todas en todos los países, se anota lo siguiente: (finalmente Vieyra es una ciudad importante y por lo tanto no les convenía a sus enemigos de ahora hacerlo a un lado, así que vuelven a ser amigos como antes, hubo reconciliación, y de esta forma le proponen que entre a formar parte del PRIR)

> —Pero Juan Valdivia no es un personaje popular —les dije.
> —*Precisamente por eso necesita el apoyo del Ejército* —me contestaron. Con mucha razón (Ibargüengoitia, 1964: 57).[9]

[8] Las cursivas son mías.
[9] Las cursivas son mías.

Las promesas de los candidatos, otra parodia:

> Al final del banquete que le ofreció (a Juan Valdivia) dijo otro discurso, en el *que prometió Créditos y Seguridad en el Campo*, que le valió una estruendosa ovación de los allí presentes. *Juan era un candidato perfecto, tenía una promesa para cada gente y nunca lo oí repetirse... ni lo vi cumplir ninguna, por cierto* (Ibargüengoitia, 1964: 59-60).[10]

La repartición de puestos entre los cuates, algo muy peculiar de la política mexicana (al estilo del PRI, claro está), como si aquellos fueran de su propiedad, como si todo el país fuera de su propiedad, se sienten con el derecho de esto y más, solamente porque estuvieron en la ya "famosa" Revolución Mexicana que a final de cuentas ni revolución fue, sino solamente una parodia más de lo que debiera ser una verdadera revolución:

> —*¿Y a mí qué me toca?* —les pregunté.
> —*¿Qué quieres?* —dijo Germán.
> —Comunicaciones, como ya habíamos quedado.
> —Es un Ministerio muy peleado —me dijo Germán. —Habrá que eliminar gente, entonces —repuse.
> —Eso mismo digo yo —dijo Trenza, con todo y que a él le habían respetado Gobernación. Entonces, yo me volví a Anastasio, que, como ya he dicho, era muy callado, y le pregunté: —*¿Y a ti, qué te tocó?*
> Él se quitó el sombrero y se rascó la cabeza, y me explicó que le habían prometido hacer todo lo posible porque saliera electo *Presidente Municipal de Ciudad Gárrulo Cueto*, que era su tierra natal. Yo me indigné.
> —*¿Cómo es posible que después de tantos años de lucha abnegada te den de recompensa la Presidencia Municipal de un pueblo rabón?*
> —Anastasio era el Vencedor de Zapopan. Había ganando la batalla contra el Tuerto, que tenía fuerzas muy superiores y ahora lo tenían relegado a segundo término, nomás porque no era parlanchín—-. Protesta —le dije—. Si no lo haces por ti, hazlo por el honor del Ejército. — Así lo pensaba yo. Él no me contestó nada (Ibargüengoitia, 1964: 65).[11]

Vidal Sánchez quería unificar a los revolucionarios en un solo partido que sería nombrado como el PU y se habían fundido las siguientes organizaciones: el

[10] Las cursivas son mías.
[11] Las cursivas son mías.

PUC, el FUC, el MUC, el POP, el MFRU, el CRPT, y el SPQR y también se buscaba el apoyo del PRIR y del PIIPR.

Juan Valdivia decide hacer un banquete en su mansión de Cuernavaca para rematar su campaña política y aquí nos encontramos con una crítica a las casas de los políticos mexicanos en general:

> La casa, construida con dinero de *procedencia desconocida*, era del más puro estilo andaluz. Nadie supo nunca cuántas habitaciones tenía, pero eran muchas; tenía un *patio con una fuente (copia de la de Don Quijote, en Chapultepec), unas pérgolas*, un enorme jardín; alberca y *un baño ruso capaz de dar cabida a setenta personas* (Ibargüengoitia, 1964: 71).[12]

Además de criticar el "buen gusto" para construir una casa, existe el diálogo oculto cuando menciona que el dinero con el que fue construida era de procedencia desconocida, pues todos sabemos muy bien de dónde provienen los capitales de los políticos.

Otra vez le vuelven a pedir a don Lupe que se disculpe con Pérez H. por lo del reloj, lo del panteón, etc., y al fin logran convencerlo. Al ir a la casa de Pérez H. —también en Cuernavaca— le notifican que el susodicho no está y aunado a esto habían tenido la noticia de la presencia de militares en la carretera; motivo por el cual se alarman y comienzan a elucubrar un plan para huir de esta emboscada. Lo que había sucedido era que Pittorelli (que por cierto no había llegado a la reunión) fue aprehendido por haber redactado el testamento político de González; además de haber confesado que este grupo de generales le habían pagado para que lo hiciera. Así, todos los generales reunidos en Cuernavaca fueron acusados de confabulación, de levantamiento en armas y de que habían sido apresados (todo esto salió en la prensa), esto último no era cierto. Ya habían discutido bastantes horas qué plan poner en acción. Había diversas propuestas, desde aquella que proponía irse hacia la frontera o para Acapulco y luego a Manzanillo y regresar a la capital en barco. Finalmente llegaron a México vía Cuautla.

El plan que pusieron en marcha para tomar la capital consistía en ubicarse con sus tropas en diferentes ciudades y desde ahí llegar a la capital: Artajo de Sonora; Trenza de Tamaulipas; Canalejo de Monterrey; el Camaleón de Irapuato. Después establecerían contacto en Cuévano y se formaría un Gobierno Provisional que convocaría a otras elecciones. Se consiguieron fondos para financiar el levantamiento mediante el secuestro de gente que contaba con capital y hasta de un cura.

La ironía acerca del "funcionamiento" de los militares:

[12] Las cursivas son mías.

> Cuando todo estuvo tranquilo de mi lado, ordené a Benítez que dejara de bombardearnos y hasta entonces me di cuenta de que por el lado oriental de Cuévano sonaba una terrible balacera. Le ordené a Pacheco que con dos compañías hiciera un reconocimiento.
> Cuando Pacheco acababa de irse, llegó Benítez en una mula, a todo galope.
> —*No soy yo el que está bombardeándolos. Hace media hora que se me acabó el parque —me dijo al llegar.*
> Entonces, comprendí que el schrapnnell que estaba cayéndonos encima *venía nada menos que de los cañones de mi querido amigo Germán Trenza. Afortunadamente estaban tirando con tan mala puntería, que no nos causaban mucho daño* (Ibargüengoitia, 1964: 103).[13]

Luego elaboraron otro plan que consistía en empujar un vagón de ferrocarril cargado con dinamita que llegara a la estación de Pacotas y así derrotar al coronel Medina y sus efectivos y no causar ningún desperfecto en las propiedades norteamericanas, pues ya habían sido amenazados por Mr. Robertson que de ser así, se invadiría México. El "Zirahuén", que así se llamaba el tren, finalmente fue empujado cuesta abajo pero nunca llegó a su destino, se detuvo exactamente a la mitad, en el kilómetro 4 y medio.

Después de varios vericuetos, traiciones y batallas perdidas, optan por rendirse y los llevan con el Chato Rodríguez, veamos la conversación:

> —Lupe —me dijo—, qué gusto me da verte.
> *"Verme fregado", pensé para mis adentros.* [Dialogismo externo]
> —Yo me entrego —le dije—, pero no vayas a fusilar a los muchachos.
> —No faltaba más —me contestó—. Te prometo que nada les pasará.
> Y en efecto, nada les pasó. Nomás estuvieron en la cárcel militar por cinco años (Ibargüengoitia, 1964: 147).[14]

Macedonio González quien le había robado su pistola con cacha de concha nácar tenía órdenes de pasarlo por las armas, pero no lo hizo porque don Lupe —según él— le había regalado la pistola. Hay veces que se pagan los favores.

Esta historia termina de la siguiente manera y nos recuerda que es muy vieja la treta de los cadáveres que en realidad no pertenecen a quien dicen pertenecer (por ejemplo, los huesos del Encanto):

---

[13] Las cursivas son mías.
[14] Las cursivas son mías.

> *El cadáver que salió retratado al día siguiente en los periódicos era el de un carnicero que dicen que se parecía mucho a mí.*
> Yo me reuní con Matilde y los niños en San Antonio, Tejas, y allí pasé los ocho años más aburridos de mi existencia. Cuando deportaron a Vidal Sánchez y a Pérez H., los supervivientes de la Revolución del 29, es decir, Trenza, el Camaleón y yo, regresamos a México como héroes. Trenza se dedicó a la agricultura, el Camaleón a la política y yo a mi familia y al comercio. No nos ha ido mal (Ibargüengoitia, 1964: 150).[15]

A lo largo de toda la novela se manejan dos campos semánticos: Don Lupe que funge como personaje principal, el protagonista, se describe como un hombre lleno de virtudes: íntegro, preparado, con principios, leal y honrado en contraposición con los demás personajes quienes siempre tienen algún defecto, por ejemplo: Macedonio Gálvez, como malvado por haberle robado su pistola con cacha de concha nácar; a Eulalio Pérez H. no lo baja de ratero; Marcos González, mujeriego; Vidal Sánchez, un torvo asesino, aparte de calificarlo de hiena; Canalejo, el Ave Negra del Ejército Mexicano; a Melitón Anguiano como un fantoche, etcétera.

Aún y cuando es cierto que el autor nunca fue un general, don Lupe, el protagonista de esta novela queda bien representado en todos sus aspectos a través de la palabra del autor y a través de esta caracterización nos encontramos frente a una estilización. Bajtín dice al respecto que cuando existe un discurso directo, supongamos de un personaje, nos enfrentamos a dos centros discursivos —en este caso sería por un lado el discurso propio del autor y el del personaje— y a dos unidades del discurso dentro de los límites de uno solo: unidad del enunciado del autor y unidad del enunciado del personaje. La del personaje no es independiente, se subordina a la primera y está incluida en ella como uno de sus momentos. Con respecto a esto, habría que hacer notar que el autor reniega de su procedencia de clase, pero no puede salirse de ella, representa muy bien las características de la clase media: arribista, oportunista, traicionera, en un vaivén constante, no tiene una definición, indecisa.

Lo que más se utiliza en esta novela es la parodia, eso no tiene lugar a dudas. En varios de los trozos de discursos realizados por algunos de los personajes, el autor aprovecha la palabra ajena para ironizar, se repiten casi textuales discursos conocidos y son utilizados como dice Bajtín para aportar una nueva valoración, otra lectura de ellos y de esta forma se acentúa la ironía o la burla.

---

[15] Las cursivas son mías.

> Toda palabra literaria percibe, con una mayor o menor agudeza, a su destinatario, lector, ajeno y crítico, y refleja en sí sus objeciones, valoraciones, puntos de vista anticipados, etc. Además, el discurso literario percibe a su lado otro discurso literario, otro estilo (Bajtín, 1986: 273).

Esto es precisamente lo que realiza Ibargüengoitia a través de toda la novela, en las diferentes voces de sus personajes está dando su punto de vista y sus objeciones.

Los ambientes manejados son muy diversos: puede ser un cuarto de hotel, una residencia en Cuernavaca, una estación de ferrocarril, un pueblo pequeño, el panteón Dolores, un asiento dentro de un vagón de ferrocarril, el campo, alguna montaña, el Castillo de Chapultepec, la prisión, la carretera, etcétera.

Aunque existe la polifonía al haber una combinación de conciencias autónomas (la de los personajes), ésta no queda muy delimitada debido a que el lenguaje utilizado es muy lineal, no tiene casi ningún cambio en la utilización de éste.

El cronotopo está dado por lo siguiente: las acciones se realizan en México durante los años que siguen a la Revolución Mexicana.

Ibargüengoitia transforma en literatura a través de la ironía el sentir y el pensamiento del pueblo acerca de sus instituciones y de cómo se comportan sus representantes oficiales. Tal vez la palabra pueblo sea muy general y habría que especificar que más bien se dirige a la clase media.

También podemos afirmar que se trata de una novela biográfica en la medida que nos describe la vida de don Lupe y de las circunstancias y realidades que giran a su alrededor durante un periodo determinado, es decir, hasta que es encarcelado. Existe, como lo dice Bajtín:

> ... una profunda unidad orgánica entre el carácter del héroe y el argumento de su vida. En esta unidad se fundamenta la novela biográfica. El héroe y el mundo objetivo que lo rodea, deben estar hechos de una sola pieza (Bajtín, 1986: 144).

Aunque finalmente don Lupe no funciona como un héroe dentro de la novela, a través de él que gira todo el argumento y contiene algunas de las características señaladas por Bajtín:

> El héroe se inicia en el argumento como un hombre encarnado y estrictamente localizado en la vida, en el marco concreto e impermeable de su clase o estamento, de su situación familiar, de su edad, de sus propósitos biográficos. Su humanidad está tan concretizada y especificada por el lugar que ocupa en la vida, que en sí

> misma carece de influencia determinante sobre las relaciones argumentales. Sólo puede manifestarse en el rígido marco de estas relaciones (Bajtín, 1986: 147).

Los personajes en *Los relámpagos de agosto* se encuentran distribuidos y reunidos alrededor de un terreno concreto: el logro del poder y un puesto dentro él. Alrededor de esto gira todo el argumento de la novela, se encuentran unidos por el mismo interés político. Para finalizar, tenemos que ubicar la parodia dentro del carnaval. La parodia ha sido utilizada desde la antigüedad y constituyó una nueva actitud hacia la realidad, no existe el distanciamiento épico o trágico, no aparece en el pasado absoluto del mito y de la tradición, "sino a nivel de la actualidad, en la zona del contacto inmediato e incluso groseramente familiar con los coetáneos, vivos" (Bajtín, 1986: 152-153).[40]

En la actualidad, el uso de la parodia ya no es igual que en otras épocas debido a que tiene un significado distinto. Ya no se utiliza solamente dentro del carnaval sino en cualquier época. En *Los relámpagos de agosto* no podríamos afirmar que siempre se ve el mundo al revés, más bien es la realidad vista a través de la lente de la burla, de la parodia. En algunas situaciones sí se presenta el mundo al revés, por ejemplo cuando mencionábamos el campo semántico desde el que se maneja don Lupe como hombre íntegro, honrado, leal, que son virtudes de las cuales el autor está haciendo mofa porque todos sabemos que no es cierto.

Bibliografía

Asiain, Aurelio y Juan García Oteyza (1985), "Entrevista con Jorge Ibargüengoitia", *Vuelta*, vol. 9, núm. 100, México, marzo, (la entrevista fue realizada el 3 de marzo de 1978).

Azuela, Arturo (1984), "Jorge Ibargüengoitia: múltiples espejos de utopías gastadas", *Cuadernos Americanos*, vol. 255, núm. 4, México, julio-agosto.

Bajtín, Mijaíl (1986), *Problemas de la poética de Dostoievski*, trad. de Tatiana Bubnova, México, Fondo de Cultura Económica.

Bubnova, Tatiana, F. (1986), *Delicado puesto en diálogo: las claves bajtinianas de La Lozana andaluza*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Domenella, Ana Rosa (1983), "La clase media no va al paraíso", *Diálogos*, vol. 19, núm. 114, México, nov-dic.

Hernández Campos, Jorge (1984), "Jorge Ibargüengoitia 1928-1983", *México en el Arte*, núm. 4, México, primavera.

Ibargüengoitia, Jorge, (1985), "Mi bisabuelo contra los franceses", *Vuelta*, vol. 9, núm. 100, México, marzo.

_____ (1985), "Mujer pintando en cuarto azul", *Vuelta*, vol. 9, núm. 100, México, marzo.

_____ (1964), *Los relámpagos de agosto*, Barcelona, Argos-Vergara.

_____ (1985), "Jorge Ibargüengoitia dice de sí mismo", *Vuelta*, vol. 9, núm. 100, México, marzo.

Pavón, Alfredo (1977), "De la realidad a la literatura", *La Palabra y el Hombre*, núm. 23, Nueva Época, México, julio-septiembre.

García Flores, Margarita (1979), "¡Yo no soy un humorista!", *Cartas marcadas*, col. Textos de Humanidades, núm. 10, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Recibido: 11 de diciembre de 2003
Aceptado: 15 de abril de 2004

Marcela Barrios Luna. Licenciada en Economía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); pasante de la Maestría en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM); catedrática de la Facultad de Humanidades de la UAEM, del Colegio de Bachilleres, del Campus Universitario Siglo XXI en Zinacantepec, México y de las facultades de Filosofía y Letras y Economía de la UNAM. Ha publicado diversos artículos en revistas como *Ciencia ergo sum*, de la UAEM.